

E S más fácil comenzar una guerra que terminarla», decía Clemenceau, que no sabía cómo deshacerse de la guerra que le había tocado en suerte dirigir: la que se llamó Gran Guerra, que, de hecho, quedó bastante mal terminada por el tratado de Versalles, la errónea repartición de territorios y la implantación de la economía americana en Europa. Tan mal terminada, que en el mismo acto de la paz estaba el germen de la segunda guerra mundial, que, a su vez, fue tan mal acabada, tan desastrosamente concluida, que ha producido la hegemonía de la nación vencida, la catástrofe económica de algunas naciones vencedoras, la diseminación de las ideas que se trataba de combatir —el fascismo, que ha tenido tantos Gobiernos aparentemente demócratas— y que, además, transformó la implantación de la economía americana en Europa en una implantación militar. El mal final de la segunda guerra mundial dejó, sobre todo, una trágica herencia al mundo: la guerra fría. Estamos ahora tratando de terminar la guerra fría. Y digo «estamos» no por una figura de la retórica periodística, sino porque, en realidad, todos los seres humanos tenemos peso y decisión en este caso.

Una victoria de la opinión

PROBABLEMENTE la firma del tratado de suspensión de pruebas nucleares en Moscú es la primera gran victoria de la opinión pública sobre sus Gobiernos, pese al fabuloso bombardeo de propaganda de guerra que se ha hecho en estos últimos años. La opinión pública en este aspecto no es dudosa. En la Casa Blanca se están recibiendo unos quinientos mensajes diarios —este número comenzó a decrecer ya a principios de semana— sobre la actitud apaciguadora de Kennedy: de cada doce mensajes de felicitación, uno sólo expresa críticas. Es curiosa la repartición geográfica de estos mensajes: la mayor parte de las críticas, de las opiniones negativas, proceden de Estados del Oeste americano. Probablemente proceden de aquellos Estados cuya prosperidad está basada ahora en la industria de guerra: California, Texas, Massachusetts, Nueva York. Si es difícil liquidar una guerra, también lo es liquidar una guerra fría, y la paz puede llevar a Estados Unidos a una cierta depresión económica. Pero hay ciertos indicios de que Kennedy trata ya de preparar una «economía de paz». Uno de estos indicios es el artículo que Robert G. Spivack escribe desde Washington en el *New York Herald Tribune*. El hecho de que sesenta centavos de cada dólar de impuestos esté destinado a la defensa nacional liga ciertos sectores de la economía americana a la «adversidad internacional», dice; se trata de reconvertir esa economía de forma que los industriales americanos y otros expertos «puedan situar a la Unión Soviética en el sendero de la prosperidad interna». En otras palabras: propugna la apertura de mercados con la URSS. «Supongamos —dice— que desarrollamos un mercado para repartir nuestros productos entre los 212.000.000 de habitantes de la Unión Soviética; entonces nosotros y ellos tendríamos una elevación económica en la paz.» Spivack explica que eso contribuiría aún más a alejar el peligro de guerra por una tesis de excelente materialismo: «porque se puede asegurar que un pueblo que goza de las excelentes cosas de la vida, incluyendo la televisión, los automóviles y los lavaplatos automáticos, lo único que desean es más de estos objetos y estarán menos inclinados a comprometerse en aventuras internacionales». Puede imaginarse ya que los viajeros de comercio americanos se están comprando gorros de astracán para ir ofreciendo lavadoras y aspiradores en las puertas de las odachas.

Propaganda de paz

E STA ingenua versión de la paz americana es de todos modos un argumento fuerte para moldear las conciencias americanas y prepararlas a continuar por el «sendero», cuyo «primer paso» —palabras de Kennedy— dio Harriman y que ahora está siendo seguido en Moscú por Dean Rusk. Los pasos que pueda haber avanzado el secretario de Estado americano, acompañado por Lord Home en la primera parte de las negociaciones —la firma del tratado—, sólo en las segundas son importantes. Un portavoz del Departamento de Estado anunció oficialmente que su ministro trataría con Krushev y con Gromyko el sistema posible de observaciones y observadores para evitar un ataque por sorpresa y los preparativos para un pacto de no agresión entre las potencias de la NATO y las del Pacto de Varsovia. Todo indica que se camina con gran rapidez hacia ese pacto, sea cual sea el desdén del general De Gaulle y la inquietud alemana. Harriman en persona está haciendo ya propaganda dirigida a Alemania para el establecimiento de esa idea. Es decir, está insistiendo en que la firma de la Alemania del Este, en un tratado en el que figure la firma de Estados Unidos, no significa el reconocimiento implícito de aquel Estado por éste: y eso era el mayor argumento que se empleaba contra la firma del pacto entre las dos agrupaciones militares. Harriman explicó —en una conferencia de prensa— que los Estados Unidos y Gran Bretaña desean que Alemania del Este se adhiera al pacto de Moscú para la suspensión de pruebas nucleares, y estableció esta doctrina: «La participación mutua en un tratado multilateral no significa el reconocimiento». (Como ejemplo: Estados

FRENTE A LA "GUERRA INEVITABLE" LA "PAZ NECESARIA"

Por EDUARDO HARO TECLEN

Unidos y la República Popular China firmaron, en 1954, un tratado sobre Indochina, y ello no implicó el reconocimiento de China.)

Guerra y naturaleza

LA cadena de acuerdos mutuos para la liquidación de la guerra fría parece ahora en movimiento. Es evidente que todos estos acuerdos pueden ser «papeles mojados», como es expresión favorita de los belicistas. La historia se mueve por caminos extraños. La opinión general concuerda en que estos pactos nos alejan de la guerra. Mi opinión personal difiere bastante y difiere, sobre todo, en el orden de los factores, que en estos casos tiene una importancia capital: al alejarnos de la guerra, estos pactos son posibles. Es decir, no creo que los tratados son una causa de paz, sino un efecto de la paz. Habrá más tratados, habrá calma efectiva, si el clima mundial de paz se amplía. En este punto se plantea el problema —de filosofía de la historia— de si la guerra es inevitable o no. Muchos creen que la guerra está dentro de la condición humana, y que desde que hubo dos hombres juntos —digamos Caín y Abel—, uno de ellos cogió una quijada de burro y asesinó al otro. La quijada de burro ha ido experimentando sucesivas mejoras, hasta convertirse en la bomba nuclear. Muchos explican esta necesidad de guerrear por una razón demográfica, biológica: las guerras, como las enfermedades —las pestes, las epidemias—, ayudan a limpiar el mundo, a hacer una selección de vivos y muertos en un planeta que no da para todos. Esta siniestra idea puede en todo caso aplicarse a las epidemias —que despojan al mundo de los seres que tiernamente amamos: los ancianos, los niños, los débiles— y dejan en pie a los biológicamente sanos. Es difícil aplicarla a las guerras, que hacen una selección inversa: se llevan —como dicen los discursos tópicos de los supervivientes políticos— «a los mejores»: a los jóvenes, a los trabajadores, a los más valientes, a los que no hurtan su cuerpo en la retaguardia o en un despacho de «alta responsabilidad». Que son precisamente los «warmongers», los traficantes de guerra (con una palabra que se popularizó en los primeros años de la guerra fría). No parece que la guerra esté en el sentido de la Naturaleza, ni creo que los providencialistas serios puedan creer que está en la Providencia. En cuanto a la condición humana, me niego a admitir que esté inscrito en ella el sentido de la guerra como lo puede estar el instinto sexual o el nutritivo, y creo que cuando el hombre hace la guerra, la hace en contra de su voluntad y porque las condiciones de la paz son tan nefastas, que la guerra es una solución mejor —lo cual no está muy lejos de la «teoría del lavaplatos» de Spi-



adiós sobrepeso...

"limmitese" con LIMMITE



Compruebe en sólo unos días lo que LIMMITE hace con su línea. Empezé hoy mismo. Lo único que tiene que hacer es comer galletas, pero comer únicamente galletas LIMMITE.

LIMMITE contiene *nutrina* y su fórmula es *inofensiva*. LIMMITE es el sustituto científico, perfectamente equilibrado, de la comida. Hace perder peso gradualmente y sin hambre.

ADELGACE COMIENDO GALLETAS **LIMMITE**

vack—. Con la diferencia de que, como queda dicho, los que proclaman la guerra no son nunca los que la hacen físicamente.

"Flash-back" sobre la bomba

El hecho nuevo es que en la guerra de que se habla como futura los que la proclaman ya no quedarán indemnes y las condiciones de paz, por muy amargas que sean, no lo serán nunca tanto como las de la guerra. Recomiendo la lectura de algunos libros que se han publicado en Francia en estos días del pacto de Moscú. Lean ustedes *Contre la bombe*, de Dominique Halevy (Editions de Minuit), de donde tomo este párrafo: «Se encontraron en Hiroshima y en Nagasaki ciento cinco mil cadáveres, y los hospitales de todo el país no eran suficientes para atender a los ciento diez mil heridos, de los cuales muchos murieron —y siguen muriendo dieciocho años después— de radio-infecciones, entre horribles sufrimientos. Se encontraron doce mil muertos por kilómetro cuadrado en la primera de estas dos ciudades mártires y dieciséis mil quinientos en la segunda. Hubo muertos hasta a ocho kilómetros del centro de la explosión. En cuanto a los supervivientes, han quedado incapacitados para todo trabajo, por débil que éste sea, y muchos de ellos, después de una vida miserable durante quince años, creen que ya es inútil hacer llamamientos a la humanidad. Cuando más grave es el mal, más fuerte es el sentimiento de que «nadie puede comprender». Hombres y mujeres víctimas de la bomba A no consiguen casarse, y muchos ni lo desean. Las «viudas atómicas» que se vuelven a casar ven en la mayor parte de sus casos sus hogares destruidos por la enfermedad atómica. Y es que desde el punto de vista genético las taras de origen nuclear son realmente eternas. En Hiroshima, el 60 por 100 de las víctimas de la bomba A están sin trabajo, y los otros no son capaces de descansar por miedo de perder su trabajo. Actualmente, 30.000 japoneses están dotados de un carnet de salud llamado «carta de enfermedad» y deben presentarse regularmente en los servicios especiales de los hospitales para que se les diagnostique lo más rápidamente posible el sintoma de una enfermedad atómica que se inicia.»

Cómo fue el crimen

PRECISAMENTE en este momento se publica en una revista de los Estados Unidos un relato, según el cual estas bombas eran inútiles, porque los japoneses habían hecho ya una petición de paz. Algunos jefes militares que rodeaban a Truman decidieron no dar por recibidas estas peticiones para ensayar el efecto de las bombas antes de que la guerra se acabase y no pudieran nunca más probarlas «en vivo...». El general Marshall, dice este informe, y una comisión de sabios atómicos, elevaron peticiones a Truman para que se abstuviese de iniciar la guerra atómica. Pero tales informes no llegaron nunca al Presidente. Sólo llegaban aquellos que tendían a demostrar que el lanzamiento de la bomba atómica era necesario. El Presidente firmó sin saber bien lo que firmaba. El mayor-general Leslie Groves, jefe de los laboratorios secretos, describe el momento con esta frase: «El Presidente era como un niño en un tobogán». Así se cometió el gran crimen.

Cuando De Gaulle era "antibomba"

OTRO libro de este momento es el de Jules Moch, *Non a la force de frappe* (Ed. Robert Laffont). Es un libro más frío, menos humano, pero no menos descriptivo. Los efectos mecánicos de una bomba de 50 megatonés (o megatoneladas, como podría escribirse en castellano) equivalen a 2.500 veces la bomba de Hiroshima y tendrían una extensión quince veces mayor. Habría muertos a más de cien kilómetros del centro de la explosión. Una bomba que estallase sobre París causaría víctimas en Orleans, Ruan, Amiens o Reims. Habría innumerables incendios a más de cincuenta kilómetros del impacto. Y quemaduras graves en un radio de 75 kilómetros. La zona de destrucción sería de unos veinte mil kilómetros cuadrados, pero habría heridos incurables y graves más allá de dicha zona. Veinte o treinta bombas bastarían para destruir toda organización e incluso toda vida en un país como Francia...

Estos datos son la clave de la paz necesaria, que es un concepto que debemos ir sustituyendo al de la «guerra inevitable». Si se quiere escuchar por boca de un estadista las palabras de la clave, acúdase a las Memorias de De Gaulle (tomo III, pág. 227), que recordaba hace unos días Gerard Brissé en *Combat*: «La revelación de las espantosas máquinas —De Gaulle se refiere a las bombas de Truman— me conmueve hasta el fondo del alma. Sin duda, he sido advertido desde hace mucho tiempo de que los americanos estaban a punto de realizar explosivos irresistibles utilizando la disociación del átomo. Pero si no estoy sorprendido, estoy, en cambio, tentado por la desesperación al ver aparecer el medio que tal vez permitirá a los hombres destruir la especie humana.»

No deja de ser paradójico que aquel De Gaulle de hace dieciocho años venga a ser el que hace unos días se negaba a adherirse al pacto de Moscú y que el país que dirige sea el único que esté hoy decidido a continuar ensayando las armas nucleares. Y es que, como decía Camus, «el poder emborracha»...

E. H. T.

Lo que hay en cada "San Miguel"



diez minutos de auténtica satisfacción

Satisfacción de saber que Vd. bebe la cerveza más cuidada del mercado. Y que millones de personas la prefieren en todo el mundo. Satisfacción de encontrar en "San Miguel" una auténtica cerveza, con carácter, con la personalidad sabrosa que sólo poseen las buenas, buenas cervezas.

Satisfacción de saborear "San Miguel" en aquellos sitios donde el ambiente es más cordial, las personas más simpáticas y los barmans más atentos.

Y la satisfacción de que "San Miguel" es siempre tan igual, que en todas partes de España Vd. se encuentra con ella, como un fiel amigo que le espera... Por eso, dentro de cada "San Miguel" hay diez minutos de auténtica satisfacción.

San Miguel
DE FAMA MUNDIAL